

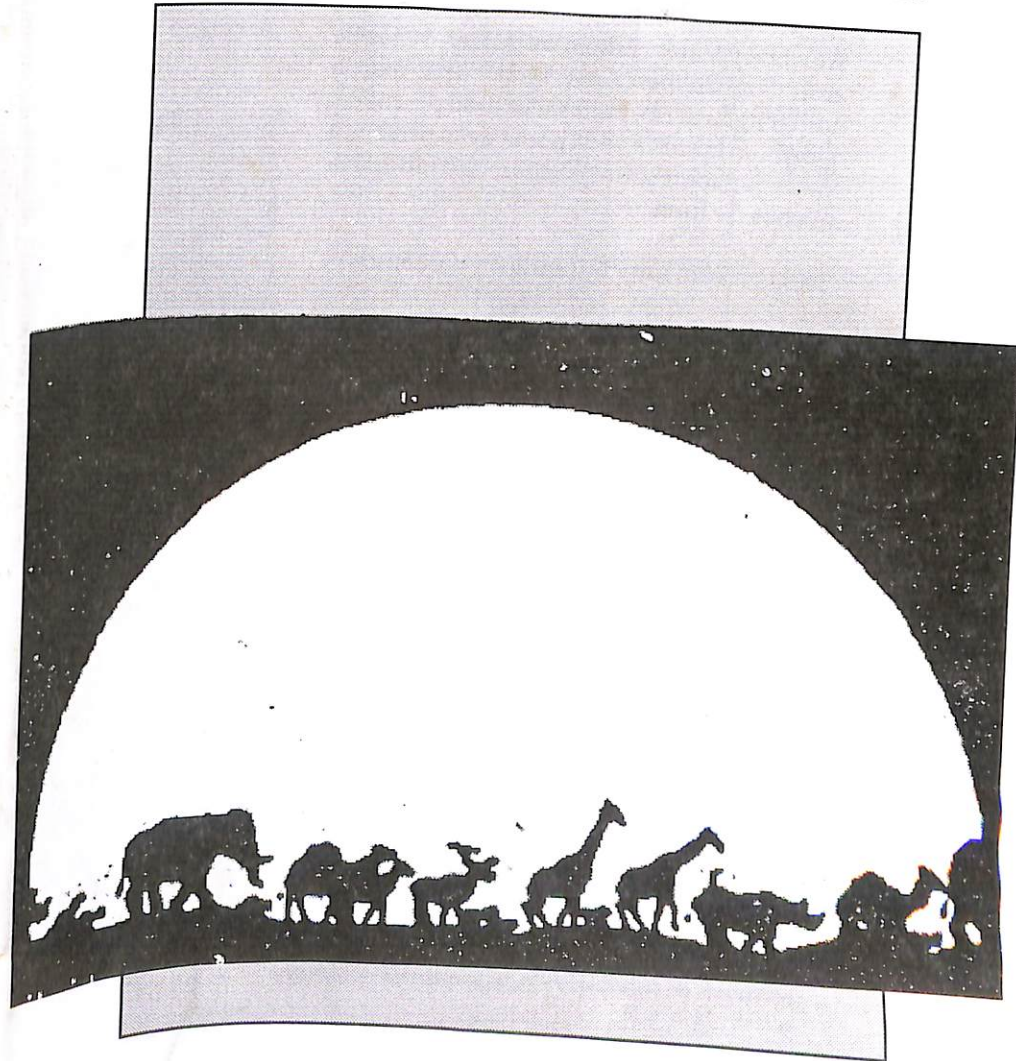
La Guerra de los Yacarés de Horacio Quiroga



TOPICOS DEL HUMANISMO

Agosto de 1997

Nº 25



LA GUERRA DE LOS YACARES: DESAFIO LITERARIO ANTE LA DESTRUCCION DE LA HERENCIA NATURAL

María de los Angeles Zeledón¹

El mundo actual hace frente a muchas crisis sociales, políticas, económicas, culturales y ambientales. Están interrelacionadas y son sintomáticos de una deshumanización frente al progreso científico-tecnológico provocado por la misma humanidad. Una de dichas crisis amenazadoras para el futuro del hombre es la crisis en la conservación de la naturaleza.

Las áreas naturales están siendo erosionadas constantemente bajo las presiones de una población en crecimiento y de un avance en la ciencia y en la tecnología moderna. Todos contribuyen al factor económico y dominio de la Ciencia y la Tecnología y las masas de pobres a través de sus esfuerzos desesperados para conseguir subsistencia con los menguantes recursos disponibles.

La Guerra de los Yacares de Horacio Quiroga pone de relieve que el hombre depende de los sistemas naturales para su supervivencia y que, al ritmo presente de destrucción, gran parte de esa herencia natural de la tierra puede ser perdida irreparablemente en unas pocas décadas.

La Guerra de los Yacares pertenece a una colección de cuentos titulada Cuentos de la Selva, publicada en 1918. Los relatos de Horacio Quiroga representan un puente de transición en el desarrollo de la prosa literaria en América Latina. Su estilo narrativo muestra dos etapas: la influencia directa de los escritos de Edgar Allan Poe, así como el encuentro con el hombre y la realidad latinoamericana: dolor, destino, fracaso humano reales, lucha del hombre contra la naturaleza frente a un desarrollo científico y tecnológico que destruye ese mundo natural debido al uso dado por el mismo hombre.

En el relato, los yacares son los únicos seres que viven en paz con la naturaleza. Hay un equilibrio entre la utilización de los bosques, la pesca y la existencia misma de las especies. Los recursos naturales son abundantes porque el hombre nunca había estado en este sector natural. La vida es pacífica y placentera.

«En un río muy grande, en un país desierto donde nunca había estado el hombre, vivían muchos yacares. Eran más de cien o más de mil. Comían pescados, bichos que iban a tomar agua al río, pero sobre todo pescados. Dormían la siesta en la arena de la orilla, y a veces jugaban sobre el agua cuando había noches de luna.

Todos vivían muy tranquilos y contentos»².

No obstante, una tarde son agredidos sorpresivamente por el hombre con un ruido desconocido por los yacares.

«Pero una tarde, mientras dormían la siesta, un yacaré se despertó de golpe y levantó la



cabeza porque creía haber sentido ruido. Prestó oídos, y lejos, muy lejos, oyó efectivamente un ruido sordo y profundo. Entonces llamó al yacaré que dormía a su lado.

—¡Despiértate! —le dijo—. Hay peligro».
(Pág. 43)

La presencia del hombre blanco se hace manifiesta con un elemento revolucionario en ciencia y tecnología: el buque de vapor en aquella naturaleza virgen y pacífica. En consecuencia, reina el desconcierto y la incertidumbre en la comunidad yacaré.

«Los yacares, espantados, se hundieron en el río, dejando solamente fuera los ojos y la punta de la nariz. Y así vieron pasar delante de ellos aquella cosainmensa, llena de humo y golpeando el agua, que era un vapor de ruedas que navegaba por primera vez por aquel río.

El vapor pasó, se alejó y desapareció».
(Pág. 44)

Aquel ecosistema virgen es amenazado con un avance científico-tecnológico; por lo tanto, pelagra el equilibrio establecido porque el hombre ha irrespetado ese mundo natural y con ello, escaseará la alimentación de los yacares y la conservación de los mismos.

«El viejo yacaré le explicó entonces que era un vapor, lleno de fuego, y que los yacares se iban a morir todos si el buque seguía pasando».
(Pág. 44)

Los yacares mantienen una actitud vacilante e incrédula frente a la verdad sabia de la experiencia. Se manifiesta un choque generacional en la sociedad.

«Pero los yacares se echaron a reír, porque creyeron que el viejo se había vuelto loco. ¿Por qué se iban a morir ellos si el vapor seguía pasando? ¡Estaba bien loco, el pobre yacaré viejo!».
(Pág. 44)

La generación joven actual no tiene conciencia de la gran responsabilidad adquirida por el hombre cuando interfiere en la naturaleza y quiere controlarla. La generación adulta mantiene la responsabilidad y la dimensión futura sobre los

problemas de conservación del ambiente. Tiene un compromiso personal y profesional con los fines de conservación y protección ambiental. Por eso, cuando los yacares jóvenes necesitan llenar un proceso biológico: comer su alimento preferido, los peces, con sorpresa descubren la verdad expresada por el sabio viejo yacaré:

«Y como tenían hambre se pusieron a buscar pescados.

Pero no había ni un pescado. No encontraron un solo pescado. Todos se habían ido, asustados por el ruido de vapor. No había más pescados.

—¿No les decía yo? —dijo entonces el viejo yacaré— ya no tenemos nada que comer. Todos los pescados se han ido. Esperemos hasta mañana. Puede ser que el vapor no vuelva más, y los pescados volverán cuando no tengan más miedo».
(Pág. 45)

El conflicto generacional entre los yacares se soluciona mediante la solidaridad adoptada para repeler nuevamente la agresión del hombre porque el buque siguió pasando y causando la destrucción de las especies. La unión fuerte para la lucha contra el hombre destructor, su avance tecnológico y científico mal utilizado y el impacto negativo al ambiente conlleva a la decisión de construir un dique de madera, una barrera para impedir el paso del hombre.

«Pero al día siguiente sintieron de nuevo el ruido en el agua, y vieron pasar de nuevo al vapor, haciendo mucho ruido y largando tanto humo que oscurecía el cielo.*

—Bueno —dijeron entonces los yacares—; el buque pasó hoy, y pasará mañana. Ya no había más pescados ni bichos que vengan a tomar agua, y nos moriremos de hambre.

Hagamos entonces un dique».
(Pág. 45)

Destaca la idea en estudio.

Esta actitud desencadena otra injusticia porque los yacares se ven obligados a la tala de árboles para la elaboración de ese dique protector.

«...Fueron todos al bosque y echaron abajo

1. Licenciada en Literatura y Ciencias del Lenguaje, con especialidad en Español. Ha escrito varios artículos sobre análisis literario. Profesora de Literatura, Expresión Oral y Escrita, etc., en la Escuela de Literatura y Ciencias del lenguaje; Profesora en Humanidades y en Métodos y Técnicas de Investigación en el Centro de Estudios Generales, Universidad Nacional y Universidad de Costa Rica. Imparte, también, cursos de Redacción y Estilística, Técnicas de Lectura, Análisis de Contenido, Análisis de Textos, en otras instituciones. Co-rectora de Estilo en Tesis de graduación.

2. Quiroga, Horacio. Cuentos de la Selva (cuentos para niños). Gredos, España, 1972. Las próximas citas textuales del cuento «La guerra de los Yacares» incluidas en el texto serán señaladas sólo con la página entre paréntesis en cada cita, pues, se refieren a esta misma edición de la obra.

de diez mil árboles, sobre todo lapachos y quebrados, porque tienen la madera muy dura (...); le empujaron hasta el agua y los clavaron a todo lo ancho del río, a un metro uno del otro. Ningún buque podía pasar por allí, ni grande ni chico. Estaban seguros de que nadie vendría a espantar los pescados». (Págs. 45-46)

Ante el impedimento colocado por los yacarés, hay un intercambio de opiniones entre aquellas y los hombres para quitar el dique, pero los yacarés están decididos en su defensa por la conservación de la especie y del medio. Como resultado del enfrentamiento por la negativa de la especie para eliminar el obstáculo, el ser humano decide la utilización de un objeto más científico y técnico: el buque de guerra en lugar del simple buque de vapor anterior. Perfecciona su ataque contra la naturaleza con recursos más avanzados y más destructivos.

«Pero al día siguiente volvió el vapor, y cuando los yacarés miraron el buque, quedaron mudos de asombro: ya no era el mismo buque.

Era otro, (...) era un buque de guerra, un acorazado con terribles cañones». (Pág. 47)

El enfrentamiento entre Hombre-Naturaleza, representada por los yacarés, se concreta en un tremendo ataque para derribar el dique, cede en fragmentos significativos el paso al buque de guerra y con él, al progreso tecnológico dirigido por el hombre y a la destrucción de ese mundo natural.

«En ese mismo momento, del buque salió una gran nube blanca de humo, sonó una terrible estampida, y una enorme bala de cañón cayó en pleno dique, justo en el medio.

Dos o tres troncos volaron hechos pedazos, y enseguida cayó otra bala, y otra y otra más, y cada una hacía saltar por el aire en astillas un pedazo de dique, hasta que no quedó nada del dique. Ni un tronco, ni una astilla, ni una cáscara. Todo había sido deshecho a cañonazos por el acorazado. Y los yacarés hundidos en el agua, con los ojos y la nariz solamente afuera, vieron pasar el buque de guerra, silbando a toda fuerza». (Pág. 46)

La interferencia del hombre en la naturaleza y su afán por controlarla le otorga la responsabilidad de manejar sabiamente la misma y le obliga a un respeto por ese mundo natural. Asimismo, está obligado a la moderación en el uso de sus recursos reflejados en la prohibición de la crueldad hacia los animales y en las advertencias sobre la caza exagerada.

En el relato, el hombre destruye el nuevo dique construido por los yacarés sin importarle si concretaba una masacre de esta especie y todas aquellas habitables en el río y en las zonas aledañas.

«—Hagamos otro dique mucho más grande que el otro». (Pág. 48)

«Pero un rato después el buque volvió a llenarse de humo, y con una horrible estampida la bala reventó en el medio del dique, porque esta vez había tirado con granada. (...) Y no quedó nada del dique; nada, nada. El buque de guerra pasó entonces delante de los yacarés, y los hombres les hacían burlas tapándose la boca». (Pág. 49)

La contemplación de la naturaleza en aquellas condiciones lamentables provoca un impacto existencial en los yacarés: piensan en su muerte y en el hambre-muerte de las generaciones futuras.

«—Bueno— dijeron entonces los yacarés

saliendo del agua—. Vamos a morir todos, porque el buque va a pasar siempre y los pescados no volverán.

Y estaban tristes, porque los yacarés chiquitos se quejaban de hambre». (Pág. 49)

Ciertamente los yacarés, desde su condición de animales, son propiciadores de una serie de principios: respecto a la vida, derecho al goce de la naturaleza virgen, la necesidad de proteger a los animales y plantas, derribar las barreras limitantes para una cooperación fructífera y armónica entre los hombres, los yacarés y la naturaleza. Sin embargo, la generación presente, sabia y solidaria, abriga una esperanza salvadora; el torpedo propiedad de otro yacaré viejo «el Surubí».

«El viejo yacaré dijo entonces:

—Todavía tenemos una esperanza de salvarnos. Vamos a ver el Surubí. (...) tiene un torpedo». (Pág. 49)

La rivalidad entre Hombre-Naturaleza genera un combate cruel y en iguales condiciones científicas-tecnológicas avanzadas: los yacarés son poseedores de un destructivo torpedo. El combate queda planteado en una aniquilación total tanto de hombres como de los yacarés.

«Vamos a deshacer este dique, y para que no quieran hacer otro los vamos a deshacer después a ustedes a cañonazos. * No va a quedar ni uno solo vivo -ni grandes ni chicos, ni gordos ni flacos, ni jóvenes ni viejos- como ese viejísimo yacaré que veo allí y que no tiene sino dos dientes en los costados de la boca.

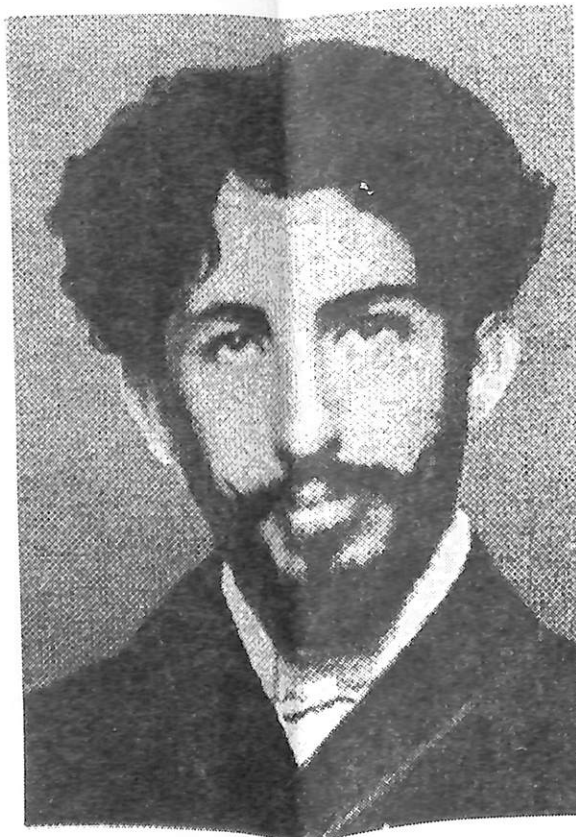
El viejo y sabio yacaré, al ver que el oficial hablaba de él y se burlaba, le dijo: —...¿Pero usted sabe qué van a comer mañana estos dientes?— añadía abriendo su inmensa boca—.

—A ese oficialito—dijo el yacaré y se bajó rápidamente de su tronco». (Págs. 51-52)

Los yacarés destruyeron a los hombres, y en consecuencia, eliminan esa amenaza constante en la vida natural y social de la especie.

«...el torpedo llegó, chocó con el inmenso buque bien en el centro, y reventó.

No es posible darse cuenta del terrible ruido con que reventó el torpedo. Reventó, y partió el buque en quince mil pedazos; lanzó por el aire, a cuerdas y cuerdas de distancia,



Horacio Quiroga.

chimeneas, máquinas, cañones, lanchas, todo». (Pág. 52)

Los yacarés celebran su triunfo y manifiestan claramente una gran moralidad: la venganza es indigna, incluso, en los animales porque evitan la ingesta de alimento humano. Además, la cooperación y la reciprocidad son propiedades esenciales inherentes al sistema unificado del mundo de la existencia; sin ellas la creación entera sería reducido a la nada.

«Los yacarés dieron un grito de triunfo y corrieron como locos al dique. Desde allí vieron pasar por el agujero abierto por la granada a los hombres muertos, heridos y algunos vivos que la corriente del río arrastraba.

(.....)

No quisieron comer a ningún hombre, aunque bien lo merecían». (Pág. 43)

Después de repeler al hombre (a la destrucción) agresor con su revolucionaria ciencia y tecnología, los yacarés vivirán una vida pacífica y en equilibrio sostenible con la naturaleza.

«Los yacarés sacaron el resto del dique, que para nada servía ya, puesto que ningún buque volvería a pasar por allí.

...Volvieron después a su paraje. Los pescados volvieron también, los yacarés vivieron y viven todavía muy felices...» (Pág. 53)

Esta simbólica comunidad como guardianes de toda la humanidad controlarán los recursos, decretarán leyes equitativas de la vida, y en la forma podrían satisfacer las necesidades primarias, ajustarán las relaciones entre las especies, sus fuentes de materias primas serán explotadas y completamente utilizadas. Por eso, la destrucción de los productos será regulada en forma equilibrada.

Al final del cuento, coexisten en paz y armonía Hombre-Naturaleza a fuerza de la costumbre hecha Derecho, porque otros hombres continuaron el comercio del transporte de naranjas por el río. ¡Ojalá, sea sostenible la relación y no destructible!

«... y viven todavía muy felices porque se han acostumbrado al fin a ver pasar vapores y buques que llevan naranjas». (Pág. 54)

En consecuencia, el narrador omnisciente expresa en el cierre del relato una gran sabiduría: el desarrollo sostenible y armonioso entre el hombre y la naturaleza, así como el bienestar del hombre, su paz y seguridad serán alcanzables por medio del respeto y la unidad en la diversidad del universo.

«Pero no quiero saber nada de buques de guerra». (Pág. 53)

Los problemas de la contaminación del océano, la extinción de las especies, la lluvia ácida y la deforestación no respetan fronteras. La totalidad de la naturaleza está amenazada por los peligros creados por el hombre; peligros que van desde la destrucción en masa de los bosques hasta la pesadilla final de la aniquilación nuclear.

La intención didáctica del relato es explícita: nosotros, humanos, como miembros de la comunidad mundial de la que poco sabemos, podemos estar dañando irreparablemente, más que mejorando, las oportunidades de generaciones futuras para la obtención y disfrute de una vida mejor en consonancia con una naturaleza viva y rica en posibilidades. Cualquier intento debe encaminarse a la superación de las desigualdades económicas, sociales, étnicas, culturales entre los hombres y mujeres del mundo sin destruir la Naturaleza.

LIBROS Y REVOLUCIÓN EN LA FRANCIA DE 1789

Iván Molina Jiménez

La vinculación entre la Revolución Francesa y el mundo de los libros se puede enfocar desde dos perspectivas, complementarias más que excluyentes: ¿en qué medida lo que ocurrió a partir de 1789 fue influenciado por cambios previos en la producción, circulación y consumo de obras, en especial las escritas por filósofos de la talla de Voltaire y Rousseau en el contexto de la Ilustración? La otra pregunta se vislumbra sin esfuerzo: ¿cómo el proceso revolucionario afectó el universo tipográfico, el control estatal y gremial sobre lo que se imprimía y el tipo y la distribución de lo publicado?

Las investigaciones efectuadas sobre el siglo XVIII francés en los últimos 25 años trazan los perfiles de una vasta transformación cultural: a partir de 1750 en particular, la sociedad experimentó una tendencia creciente a la secularización, que se expresó en diversas áreas, de las actitudes ante la muerte a la celebración cada vez más profana de las fiestas. El universo de los libros fue parte de este proceso. La tasa de alfabetismo de los varones se elevó de un 29 a un 47 por ciento entre 1686-1690 y 1780-1790, y la de las mujeres, en ese mismo período, ascendió de un 14 a un 29 por ciento.

El alza en la alfabetización se vinculó con un consumo creciente de libros, folletos, periódicos y otros impresos. La ampliación y diversificación de las audiencias de lectores obligó a los libreros de París y provincias a actualizar sus técnicas comerciales. Los clubes de lectura, abiertos después de 1760, permitían a los socios, tras cancelar una prima anual, acceder a un variado conjunto de títulos, difíciles de adquirir personalmente, dado su elevado precio. Entre los suscriptores, figuraban profesionales liberales, comerciantes, estudiantes, profesores y uno que otro artesano próspero.

La base del florecimiento de los clubes era la falta de bibliotecas públicas, o de sus limitaciones, en caso de que se dispusiera de una, característica que fue común a toda Europa. El expediente de los clubes, cuyo eje era el financiamiento colectivo de una colección de obras, se complementó con otro, diseñado para satisfacer la demanda de lectores de origen más popular: las tiendas de alquiler. La apertura de tales locales, típicos del siglo XVIII, abarataba el acceso a los libros, ya que la persona interesada en un título en particular, lo podía arrendar por día o por hora, según su gusto y su fortuna.

La expansión de la demanda de obras y folletos en la Francia posterior a 1750 contrasta, sin embargo, con la estructura de la actividad tipográfica. El Estado, en su desvelo por controlar la palabra impresa, organizó el universo editorial en función de tres instancias: los censores reales, vinculados con la Direction de la librairie, y encargados de velar por la ortodoxia de los textos; las corporaciones de impresores y libreros de la capital y provincias, poseedores de los privilegios para imprimir y vender los títulos autorizados por la Corona; y los inspectores de libros, supervisados por el Teniente General de Policía de París, cuyo trabajo era vigilar que el sistema funcionara.

La censura y el monopolio enfrentaron, con poco éxito, la vertiginosa alza en el consumo de impresos, una expansión que tenía un crucial trasfondo cualitativo: en efecto, de 1750 en adelante, decreció significativamente la edición de ejemplares devotos, una caída cuyo opuesto era el ascenso de obras de tipo científico, literario y político. La tendencia a la secularización de los gustos de los lectores fue el contexto en que se expandió la Ilustración y se publicó la Enciclopedia (1751-1776); pero el texto filosófico, firmado por un Voltaire o un Rousseau, no fue el único que se vendió exitosamente.

La última mitad del siglo XVIII fue escenario de un frenético consumo de obras pornográficas, sátiras, libelos y crónicas escandalosas. Los personajes típicos de tales piezas eran eclesiásticos y aristócratas lascivos e impotentes, los varones, y lesbianas y ninfomaniacas, las mujeres. El proceso se aceleró y profundizó después del inicio de la Revolución: entre 1774 y 1786, se publicaron 312 panfletos, cifra que ascendió a 10.671

entre 1787 y 1792. La pareja real no escapó de tal corriente, ya que diversos opúsculos examinaron la supuesta impotencia de Luis XVI y los ardores sexuales de María Antonieta.

La lista de los bestsellers prohibidos de la Francia prerrevolucionaria exhibe, entre otros, *L'An 2440*, *Anecdotes sur Mme. la comtesse du Barry*, *Système de la nature*, *La fille de joie*, *Thérèse philosophe* y *La putain errante*. Los escritores que encabezaron la venta de obras clandestinas fueron Voltaire y Holbach. El primero, un experto productor de textos ilegales, lideraba a la vez las confiscaciones de libros efectuadas en París, ya fuera en las aduanas o en las redadas de la policía. El segundo cautivó a los lectores del siglo XVIII con su visión materialista de la Naturaleza y su defensa del ateísmo.

El doble control impuesto por la censura y el monopolio fue insuficiente para evitar la impresión clandestina y el contrabando de libros. Los abastecedores de obras prohibidas y pirateadas se ubicaban en países vecinos, especialmente en Suiza y Holanda. El tráfico se basaba en una amplia y compleja urdimbre, que partía de los talleres tipográficos, pasaba por los arrieros y confluía en los distribuidores al por mayor y al detalle, encargados de satisfacer los pedidos de lectores ansiosos. El peligro del decomiso de la mercadería, creciente una vez que se cruzaba la frontera, abría a la vez espacio para el soborno.

La importancia del contrabando se visibiliza en la experiencia de la Sociedad Tipográfica de Neuchâtel, una casa editorial suiza de textos franceses, fundada en 1769 por Frédéric-Samuel Osterwald. Esta empresa, que complementaba el tiraje de sus propias obras con la distribución al por mayor de los títulos de otras imprentas, colocó en Francia, en los veinte años anteriores a 1789, más de 28.000 ejemplares de libros prohibidos. El 37,6 por ciento de esa cifra correspondía a piezas satíricas, polémicas, injuriosas, escandalosas y pornográficas, y un 16 por ciento a críticas de la sociedad y la cultura de la época.

El vínculo entre estos y otros textos con la Revolución fue complejo: después de 1750, en un marco de amplios cambios culturales y sociales cuyo eje era una decidida secularización, la palabra impresa contribuyó a deslegitimar, en todos los campos, el Antiguo Régimen. El modelo del siglo XVII era por entero distinto: escritores patrocinados por el Estado, presos y beneficiarios del universo de la corte y defensores a ultranza del absolutismo. La ruptura, cien años más tarde, era evidente: los intelectuales, gracias a la diversificación y ampliación del mercado cultural, empezaron a trabajar fuera del sistema de patrocinio estatal y empuñaron las plumas en su contra.

La Revolución trastornó completamente el mundo del libro organizado por el Estado absolutista. El proceso desatado en 1789 acabó con el doble control, el de la censura y el del monopolio, y derribó el entramado literario que le era afín: las leyes, instituciones y prácticas que regulaban la redacción, impresión, distribución y venta de obras y folletos. Esta destrucción liberó la actividad tipográfica y editorial: en el futuro cercano, el mercado pesó crecientemente en el éxito de los textos y en el desempeño económico de sus autores. El ascenso del romanticismo y del culto al escritor se verificó en un contexto de abierta -y a veces feroz- competencia entre las vedettes de la palabra impresa.

El primer fruto de la liberación revolucionaria en el universo tipográfico fue la expansión del número de imprentas, especialmente de las ubicadas en París. El veloz florecimiento de tales locales fue facilitado por su énfasis: al especializarse en el tiraje de volantes, breves folletos y periódicos, el capital necesario para operar era mínimo, en contraste con las casas productoras de libros. La otra ventaja de los talleres pequeños era que, por el tipo de sus publicaciones, se veían obligados a venderlas masivamente. La dinámica empresarial exigía penetrar, cada vez más, la cultura popular, rural y urbana.

La variación en los patrones tipográficos, vinculada con el fin del monopolio, alteró decisivamente

la posición del libro en el contexto editorial: a partir de 1789, creció sin tardanza el tiraje de volantes, opúsculos, almanaques, cancioneros y periódicos. Este desplazamiento, clave para el futuro de la prensa, democratizó el acceso a la palabra impresa y facilitó la difusión y el debate de las ideas. La esfera pública, que se configuró en el curso de ese proceso, fue básica para el despliegue de la sociedad civil en el siglo XIX: la opinión de los ciudadanos comenzó a pesar vitalmente en el juego político.

La influencia social y cultural de los libros y de la actividad tipográfica fue destacada apasionadamente por el marqués de Condorcet; en plena Revolución, escribió en su célebre *Esquise*:

«la instrucción que cada hombre es libre de recibir de los libros, en silencio y soledad, nunca puede ser completamente corrompida. Basta con que exista un pedazo de tierra libre a partir del cual la imprenta pueda extender sus hojas».

El periodista, J. P. Brissot, fue más preciso que Condorcet, al contrastar el trasfondo social y la función cultural de los libros y de la prensa; en sus memorias, advirtió que durante la Revolución:

«...era necesario ilustrar incesantemente las mentes del pueblo, no a través de trabajos voluminosos y bien razonados, ya que el pueblo no los lee, sino por medio de trabajos cortos... a través de un periódico que esparciera la luz en todas direcciones».

Las palabras de Condorcet y Brissot, pese a sus diferencias de énfasis, evocan todavía con fuerza el espíritu de la Ilustración; pero doscientos años después, poco es lo que queda de eso. La comunicación social, industrializada y tecnificada, es otra fuente más de acumulación de capital, orientada por las exigencias de la publicidad y no las de la cultura. La batalla por la libertad de expresión, en este fin de siglo, exige derrotar el imperialismo transnacional del mercado, que opera -aunque por vías distintas- con criterios parecidos a los del Estado absoluto. La Revolución, sin embargo, siempre está allí, desafiante, con una invitación abierta a todos para cambiar la historia.

Bibliografía

Chartier, Roger, *Cultural History. Between practices and representations*. Ithaca, Cornell University Press, 1988.

_____, *The cultural origins of the French Revolution*. Durham, Duke University Press, 1991.

Darnton, Robert, *The business of Enlightenment: A publishing history of the Encyclopédie*. Cambridge, Harvard University Press, 1979.

_____, *The literary underground of the Old Regime*. Cambridge, Harvard University Press, 1982.

_____, *La gran matanza de gatos y otros episodios en la historia de la cultura francesa*. México, Fondo de Cultura Económica, 1987.

_____, *The Kiss of Lamourette. Reflections in cultural history*. New York, Norton, 1990.

_____, *The forbidden best-sellers of pre-revolutionary France*. New York, Norton, 1995.

_____, *The corpus of clandestine literature in France, 1769-1789*. New York, Norton, 1995.

_____, «George Washington's false teeth». *The New York Review*. March 27, 1997, pp. 34-38.

_____, y Roche, Daniel, eds., *Revolution in print. The press in France, 1775-1800*. Berkeley, University of California Press, 1989.

Eisenstein, Elizabeth, L., *The printing revolution in early Modern Europe*. Cambridge, Cambridge University Press, 1992.

Hobsbawm, E. J., *Echoes of the Marseillaise. Two centuries look back on the French revolution*. New Brunswick, Rutgers University Press, 1990.

Houston, R. A., *Literacy in early Modern Europe. Culture & education, 1500-1800*. New York, Longman, 1988.

Popkin, Jeremy, *Revolutionary news. The press in France, 1789-1799*. Durham, Duke University Press, 1990.

Vovelle, Michel, *Ideologías y mentalidades*. Barcelona, Ariel, 1985.

_____, *La mentalité révolutionnaire. Société et mentalité sous la révolution française*. Paris, Editions Sociales, 1985.

TOPICOS DEL HUMANISMO

Universidad Nacional
Centro de Estudios Generales
Apartado 86-3000
Costa Rica, América Latina
Teléfono 277-3307

MIEMBROS DE LA COMISION EDITORIAL:

Lic. Gerardo César Hurtado Ortiz,
coordinador

Dra. Zaida Fonseca Herrera

M.A. Ana Cecilia Sánchez Molina

Prof. Alfonso Chase Brenes

MECANOGRAFIA:

Sra. Olga Martha Rojas Bolaños



Impreso en
el Programa de Publicaciones e
Impresiones de la
Universidad Nacional

Presentación

Los desafíos contemporáneos son importantes en la era de la información: todos estamos sabidos de las estrategias para conservar el planeta de su destrucción, como que llevamos todo a la mesa de las discusiones mundiales. La idea de la salvación corresponde a la comprensión de lo singular como necesario para sobrevivir en el futuro. Esto hace ver los paradigmas ecológicos, reflejados en una síntesis en que el hombre se puede identificar con la naturaleza, de ahí la literatura que se genera en apoyar alguna tesis no sólo sobre la preservación universal sino con el símbolo espiritual del hombre. En este ensayo hay importantes rasgos de los problemas finales del hombre en su búsqueda de los símbolos en la literatura. También vemos aquí los elementos que aporta toda cultura transferida a suelos exóticos y extraños desde el punto de vista de conquistadores de nuestra América, la Ilustración como sistema educativo y el aporte que Europa nos enseña, una ideología que transunta la censura, y los aspectos críticos que dejan abierta las puertas de criterios importantes, decisivos, para las revoluciones no sólo políticas sino también sociales. En este sentido el libro ha cambiado los giros de la historia, así el saber cumple a tenor de un conocimiento universal para el hombre. Los aspectos económicos, sociales, humanos en fin vistos, son transtocados por interpretaciones inteligentes de los historiadores. Sólo cabe decir que todos sabemos cómo logra el capitalismo creciente poner hitos en la historia de la humanidad. Es por lo tanto, una humanidad atenta y convulsa en los cambios del rumbo de la historia.

Gerardo César Hurtado O.